29 de Mayo de 2011
20º ANIVERSARIO DE LA EdC

JORNADA ABIERTA
Memorial de América Latina – Sao Paulo (Brasil)

TEMAS PRINCIPALES

Alberto Ferrucci	La asamblea de los 20 años de la EdC	Pag. 02
Rubens Ricupero	La economía mundial: desafíos y esperanzas	Pag. 05
Vera Araujo	La cultura del dar, alma de la Economía de Comunión	Pag. 12
Stefano Zamagni	El significado de la EdC en la economía y en la sociedad global actual	Pag. 18
Luigino Bruni	Nuestra esperanza hacia el 2031	Pag. 25
Mensaje de los jóvenes	De Sao Paulo al mundo	Pag. 28

La asamblea de los 20 años de la EdC

Alberto Ferrucci

Al contemplar desde el cielo en mayo de 1991, mientras el avión esperaba turno para aterrizar, la alfombra de favelas que rodea la selva de rascacielos de Sao Paulo, Chiara, confiada en el poder de la oración, sintió que debía pedir a Dios una *tercera vía* para

que la humanidad del tercer milenio pudiera construir un futuro sostenible sobre los escombros del marxismo y sobre las injusticias de la economía de mercado sin reglas del consumismo actual.

Una *tercera vía* basada en la certeza de que al ser humano le mueven otras cosas además del interés personal, que en su interior siente la necesidad de una vida con más sentido, que puede realizarse como persona construyendo relaciones de amistad, fraternidad y amor recíproco, superando el egoísmo.

Al llegar a la ciudadela de su movimiento en Sao Paulo, conociendo la capacidad de soñar y la generosidad del pueblo brasileño y sabiendo que la vida que habían vivido durante años siguiendo las palabras del Evangelio había sacado a la luz la huella divina que se encuentra en lo profundo de todo hombre y de toda mujer, Chiara lanzó hace exactamente 20 años el proyecto economía de comunión: vivir también en la economía ya aquí, en la tierra, según la lógica del cielo, aunque el orgullo de la modernidad la considere ingenua y utópica.

Pero esta lógica está grabada en la naturaleza humana. Prueba de ello es que se aplica en todos los lugares del mundo, en el ámbito más íntimo de la persona: la familia natural. En la familia todos somos iguales. Lo normal es que nos ocupemos unos de otros cuando las distintas etapas de la vida nos llevan a contribuir de formas distintas a las necesidades comunes. En la familia es natural realizar sacrificios para ayudar a los miembros más débiles.

Hoy estamos reunidos aquí, además de 1.200 personas de Brasil venidas expresamente para participar en esta jornada y a las que doy la más cordial bienvenida, otros 650 empresarios, trabajadores, estudiosos y estudiantes vinculados al proyecto que durante los cuatro días anteriores han estado reunidos en asamblea.

Proceden de 39 países y de 23 estados de Brasil: Argentina, Estados Unidos, Corea del Sur, Costa de Marfil, Kenia, Canadá, Italia, Camerún, España, Suiza, Croacia, Rumanía, Eslovenia, Eslovaquia, Filipinas, El Salvador, Paraguay, Nigeria, Perú, Bolivia, Chile, Colombia, Panamá, Holanda, Bélgica, Portugal, República Democrática del Congo, Hungría, Ecuador, Alemania, Francia, República Checa, Polonia, Irlanda, Inglaterra, Costa Rica, México, Uruguay y Venezuela, así como de los siguientes estados de Brasil: Alagoas, Amazonas, Bahia, Ceará, Distrito Federal, Espirito Santo, Maranao, Mato Grosso, Minas Gerais, Parà, Paraiba, Paranà, Pernanbuco, Piaui, Rio de Janeiro, Rio Grande do Norte , Rio grande do Sul, Santa Catarina, Sao Paulo, Sergipe y Tocantins.

Pero no estamos solos. Gracias a Internet hay personas de todo el mundo que nos siguen en directo desde más de 500 puntos de escucha en los lugares más dispares, incluso en países que no están representados aquí. Un afectuoso saludo también para todas ellas.

Las 650 personas que han venido a Sao Paulo desde el mundo entero, acaban de celebrar una asamblea de cuatro días de duración en la ciudadela del Movimiento de los Focolares en Vargem Grande. Era necesario realizar una asamblea internacional en el mismo lugar donde se lanzó el proyecto hace 20 años, para reflexionar sobre lo ya realizado y sobre lo que la experiencia nos ha enseñado, así como para formular la estrategia para los próximos 20 años. De 1991 a 2011 y a 2031.

Son personas de muchos países distintos, pero se puede decir que han formado un solo pueblo que se siente como en casa en cualquier lugar del mundo, porque considera a sus habitantes como miembros de su familia. Un pueblo de empresarios y de empresas que actúan en la economía de mercado para producir bienes y servicios para todos, pero asumiendo cada día al reto de vivir en medio de sus ciudades con la lógica que gobierna el cielo: “así en la tierra como en el cielo”.

Viven así no sólo para experimentar la plenitud, la paz prometida a quienes sigan este estilo de vida, sino sobre todo para que el mundo, que busca un futuro sostenible, oprimido por las dificultades, pueda comprender que es posible la convivencia humana en el respeto a la propiedad privada, a la iniciativa personal y a la libertad de asociación, gracias a la realización de una comunión productiva que no excluye a nadie y que atrae la intervención divina en el obrar humano.

Durante los cuatro días de la asamblea, las experiencias concretas compartidas por operadores económicos de todo el mundo, han puesto el marco y el soporte concreto a la reflexión teórica sobre los principales temas de debate: la identidad de la empresa, su continuidad en el relevo generacional, el destino de los beneficios compartidos para sacar a los indigentes de su condición, la prevención de las crisis financieras, el futuro de las nuevas generaciones…

Durante estos días ha salido a la luz, de manera especial, la figura del empresario de comunión: una persona que decide acoger la invitación a crear empresas productivas para dar trabajo a quienes lo necesitan y a destinar los beneficios a los fines del proyecto: la formación en la cultura del dar y la inclusión de los excluidos, que son el primer prójimo.

Chiara pide a estos empresarios que *lo den todo.* Lanza una nueva "vocación", una vía laica para hacerse santos; una vía que exige actuar en la empresa eligiendo la comunión con todos, el *desarme económico* que significa construir relaciones de apertura y reciprocidad con los trabajadores, con los proveedores, con los clientes y competidores, con plena corrección con respecto a la administración pública; es decir, les invita a trabajar juntos en su actuación económica, en lugar de prosperar unos a costa de otros.

Estos empresarios han mostrado durante 20 años a muchos operadores económicos de buena voluntad que hay *empresas que funcionan, parques empresariales, escuelas y universidades en las que se forman hombres nuevos*, es decir obras concretas que adoptan una tercera vía capaz de dar respuesta a los retos cada vez más complejos de un mundo multipolar: escasez de recursos naturales y de fuentes de energía para un desarrollo amplio, el medio ambiente, el deseo de los pueblos jóvenes de vivir una vida digna sin tener la obligación de emigrar.

Un ilustre estudioso laico, después de un congreso en Estrasburgo en el que Chiara había presentado la economía de comunión, le confesó: su propuesta es difícil de realizar, pero es la única vía posible para un futuro sostenible.

La economía mundial: desafíos y esperanzas

Rubens Ricupero

Buenos días a todos. Me gustaría en primer lugar saludar a las personas que han venido de lejos a visitarnos. Estamos aquí muchos países representados, dando sentido de universalidad. Hay representantes de diversas iglesias religiosas y seres humanos de buena voluntad de todos los rincones del planeta.

También quiero expresar mi alegría por estar en contacto con el Movimiento de los Focolares, del que oí hablar por primera vez cuando era adolescente, a mediados de los años 50 aquí, en Sao Paulo. En aquella ocasión el movimiento estaba comenzando y es extraordinario ver ahora su florecimiento y su presencia en todo el mundo.

También me alegro de que me hayan invitado para hablarles de "la economía mundial: desafíos y esperanzas". El título me parece particularmente apropiado en este domingo, en el que la liturgia de la Iglesia, que en su segunda lectura lee la epístola del apóstol San Pedro, nos invita a dar a todo aquel que nos las pida, las razones de nuestra esperanza, de la esperanza que nos habita.

Por lo tanto, nada mejor que hablar de esa esperanza que tenemos en una economía más justa, más equilibrada y más acorde con el plan de Dios. Para eso voy a intentar desarrollar el tema lanzando, en primer lugar, una mirada a la economía mundial de hoy, mostrando cuáles son los problemas, los desafíos, que le afectan a corto y a largo plazo. En un segundo momento procuraré reflexionar sobre cuáles son las raíces morales profundas de ese desasosiego, de esa crisis de la economía mundial, pero no me quedaré sólo en el aspecto moral, sino que iré un poco más al fondo, a las desviaciones de carácter espiritual que hicieron que la economía perdiese su justo papel dentro de la sociedad. En la tercera parte hablaré un poco de las esperanzas, de cómo podemos superar ese tipo de problemas que hoy nos afligen y, dentro de ella, reservaré algunos momentos para la situación de Brasil, porque me parece importante, sobre todo para los que estamos aquí, meditar también a partir de nuestra situación local, de nuestro ámbito particular, en relación con el panorama general.

Comenzamos con la economía mundial. A cualquiera que mire la economía mundial hoy en día le llamará la atención el hecho de que la economía no presente un panorama único. Al contrario, podemos decir que hoy en día hay una dualidad. De un lado están las economías más ricas, que siguen sumergidas en una crisis profunda. Del otro lado, las economías de los llamados países emergentes o en desarrollo, que se encuentran en una situación mucho más favorable. Así pues, no hay un panorama único. Los países que tradicionalmente fueron más avanzados, los de renta per capita más alta, los llamados países desarrollados o industrializados, es decir los Estados Unidos, Europa y Japón, todavía se encuentran, en grados distintos, en una situación difícil, en una situación de superación gradual de la grave crisis que les afectó sobre todo a partir de 2007, 2008 y 2009.

Tal vez en este momento la situación más crítica sea la de aquellos países europeos sometidos a programas de socorro financiero: Irlanda, Grecia y ahora Portugal, a los que tal vez se añadan otros. Islandia también se encuentra en una situación complicada. Por otro lado tenemos a los países emergentes: China - cuyo crecimiento extraordinario es el que mantiene todavía la economía mundial en un nivel de crecimiento alto, porque sin China la economía mundial hoy estaría en recesión -, India, Brasil… relativamente poco afectados por esa gran crisis financiera.

A la luz de esta dicotomía podemos afirmar que los desafíos son distintos a pesar de que el cuadro de fondo sea común. A corto plazo, el problema del mundo rico consiste en superar plenamente la crisis que se abalanzó sobre ellos. Los Estados Unidos, que tímidamente van creciendo un poco más, siguen teniendo un índice de desempleo del 9% de la fuerza de trabajo, que es algo sin precedentes para los Estados Unidos, el doble del porcentaje al que estaban acostumbrados. Los otros también están todavía lejos de recuperar su nivel de producción y de empleo de antes de la crisis. Para nosotros, a corto plazo, en India, en China, en Brasil, el peligro es el opuesto: el sobre-crecimiento. El peligro es que, debido a una expansión demasiado rápida de la economía, nos tengamos que volver a enfrentar con el problema de la inflación. Por ejemplo, debido a la demanda creciente de nuestros productos por parte de China, ha aumentado el precio de las commodities. Es una realidad distinta y los desafíos, por lo tanto, no son los mismos a corto plazo.

A largo plazo sí que tenemos un desafío común: reconstruir las bases de la economía mundial, incluidas las instituciones y las reglas que presiden las finanzas, con el fin de reducir en gran medida, si no se pueden evitar totalmente, las posibilidades de una recaída en el futuro. Esa reforma se está realizando y entre los grupos que vienen contribuyendo está el G-20, en el que Brasil desempeña un papel de gran activismo. Esa reforma en parte consiguió conquistas razonables, pero en lo esencial todavía no ha tenido éxito. Las resistencias han sido muy grandes y podemos decir que en este momento todavía no hay tranquilidad en cuanto al futuro de la economía mundial, en el sentido de una reconstrucción de esa base.

Una vez que hemos hablado de estos desafíos de una manera sintética – yo no puedo profundizar aquí debido al poco tiempo de que dispongo –, quiero reflexionar un poco sobre las causas morales de esta crisis. Debemos recordar que Jesús en los evangelios siempre nos invita a examinar y a descifrar los signos de los tiempos. Uno de los signos de los tiempos es la crisis y nosotros debemos averiguar qué se esconde detrás de la crisis, cuáles son las razones morales de esta crisis en la que el mundo está sumergido. Cuando reflexionamos sobre la crisis financiera, no nos faltan libros sobre las causas económicas. Hoy ya se puede llenar una estantería con los libros que se han publicado. Pero curiosamente hay una carencia de análisis sobre los aspectos políticos, humanos y morales. En la base de esta crisis hay un problema moral. Ese problema moral, para simplificar, se desdobla en dos aspectos.

Uno es la financiarización de la economía, el dominio de la economía por las finanzas, sin ningún tipo de límite, sin ningún tipo de moderación, que conlleva la idea de que la codicia, acumular fortunas cada vez mayores por parte de los especuladores, era algo positivo, algo que impulsaba la economía mundial para beneficio de todos. Es como si se le hubiera dado una especie de bendición a la codicia, a la ambición, a ese impulso del alma humana que consiste en acumular cada vez más poder monetario, más poder financiero. Esta financiarización de la economía se mide con números muy claros. Una institución poco sospechosa, como es McKinsey Global Institute, patrocinada por la gran empresa del mismo nombre, mostró que en 1970 el total de los activos financieros del mundo, el stock financiero del mundo, que incluía todos los depósitos bancarios, la totalidad de las deudas públicas y privadas, los títulos, y todas las participaciones accionariales - las acciones -, sumaba en aquella época 10 trillones de dólares, que equivalía al tamaño de la economía mundial, al Producto Mundial Bruto de la época. Pues bien, en 2006, ese stock había pasado de 10 a 167 trillones y ya era cuatro veces el tamaño de la economía mundial. Por lo tanto había perdido su vinculación con la economía real, con los productos, con el comercio. De ese total, los EEUU reunían un 56%; los activos financieros americanos representaban más del 1.000% del tamaño de la economía americana. Ya no había proporción entre la economía real y las finanzas. Ahora bien ¿por qué ocurrió eso? Porque gobiernos ultraconservadores, a partir del presidente Reagan y de la primera ministra Thatcher, incentivaron ese movimiento retirando todas las trabas, todos los controles.

En el periodo en el que la economía americana creció mejor, en los 30 años posteriores a la guerra, había muchos controles preventivos sobre la transmisión de recursos financieros por el mundo y sobre la proliferación de instrumentos financieros. Todo eso fue desmantelado por los gobiernos con el apoyo de grandes entidades internacionales como el Fondo Monetario y el Banco Mundial. Por lo tanto, hubo una financiarización de la economía, el dominio de la economía por las finanzas. Este es el primer gran problema moral. ¿Por qué es moral? Porque detrás de él estaba la idea de una acumulación sin límites de la riqueza, como si eso no implicara ningún problema en relación a los otros.

Eso causó el segundo problema moral, que fue el aumento de la desigualdad. Porque es evidente que en ese movimiento el sector financiero fue ocupando un espacio excesivo. Las estadísticas del propio McKinsey Institute muestran que en 1970 el sector financiero norteamericano representaba el 10% de los beneficios. En 2006 había saltado al 40%, en detrimento de otros sectores, como la industria, la remuneración del trabajo humano y otros sectores. A los más ricos de los EEUU, al 1% de la clase más rica, antes les correspondía el 9% de la economía, que es más o menos lo que ocurre hoy en Francia, por ejemplo. Ese 9% ha saltado al 23,5%, casi un 25%, casi un cuarto, años más tarde.

¿Cuál es el contrapunto de todo esto? El contrapunto de esto es que las personas que viven de un salario han visto su salario estancado durante 30 años. Si se descuenta la inflación, no ha habido evolución. A pesar de que las personas de los EEUU trabajaban

6 horas más que antes, no conseguían mantenerse. Surgió un fenómeno que el presidente Clinton llamó los “working poors”, los pobres que trabajan, es decir personas empleadas, que trabajan 8 horas al día, toda la semana, pero no consiguen ganar lo suficiente para alimentar de manera decente a sus familias. Pero ¿qué sucedió? Una presión gigantesca para consumir creó una sociedad dominada por el consumismo. Esas personas se tuvieron que endeudar para consumir. El endeudamiento, sobre todo en los EEUU y en otros países, fue una de las raíces de la crisis. El endeudamiento total de las familias americanas llegó a 2,3 trillones de dólares. Ahora, por efecto de la crisis, está gradualmente retrocediendo y por eso todavía no hay mucha actividad económica.

Quería dibujar este panorama rápido para decir que no son las razones de tipo económico las que explican esta crisis. Tiene razones morales profundas. En primer lugar, esa injusticia de la concentración del desequilibrio, pero también fraudes, porque hubo muchos fraudes. Las llamadas hipotecas de alto riesgo fueron vendidas por bancos que sabían que eran hipotecas basura. Por lo tanto hubo fraude, hubo mistificación, hubo inclusive violación de la ley penal y fiscal. Mi deseo al hacer esta pequeña síntesis es mostrarles que en la raíz de todas las crisis económicas o políticas hay un problema de violación de la ley moral. En el fondo, los 10 mandamientos no han sido sustituidos por nada mejor. Cuando hay violación de la ley moral, de la ley que aceptamos como ley del comportamiento correcto, las consecuencias se hacen sentir incluso en el plano de la eficacia, del funcionamiento de las economías.

A la luz de esto ¿qué razón debemos tener para la esperanza? Nuestra razón de esperanza viene de la necesidad de instituir reformas que se dirijan a la raíz misma del problema. Necesitamos un plan mundial. En primer lugar eliminar el llamado riesgo moral. Riesgo moral significa la existencia de bancos, de conglomerados tan gigantescos que son demasiado grandes para quebrar y por tanto tienen que ser socorridos por los gobiernos. Debido a esa seguridad de que serán socorridos, lo que sucede es que los banqueros, los financieros asumen riesgos excesivos. ¿Por qué asumen riesgos excesivos? Porque la comunidad internacional no ha sido capaz hasta ahora de limitar los llamados bonus que se reparten. Esto todavía no se ha hecho. Necesitamos realizar un esfuerzo grande de limitación de estos riesgos.

Felizmente quiero decirles que la situación en nuestro país es más propicia. Aquí no hemos tenido el problema del descontrol financiero ni el problema del aumento de la desigualdad. Es curioso que Brasil, que muchas veces estuvo peor que los otros, esta vez está mejor. Nosotros no hemos tenido el problema del descontrol financiero porque ya pasamos por ello. Cuando se introdujo el real en el 94 tuvimos que liquidar 700 instituciones financieras, la mayoría pequeñas, y ahí consolidamos el sistema financiero con mucha más prudencia que lo que han hecho americanos y europeos. Desde el punto de vista de la pobreza y la desigualdad, gracias a la estabilización de la economía, a la vuelta del crecimiento y del empleo formal sobre todo, pero también a políticas activas, de bolsa familia, de prestaciones continuas, de socorro a los aposentados rurales, hemos asistido a lo largo de los últimos 16 años a una reducción considerable de la pobreza y de la desigualdad. La pobreza extrema, que es la indigencia, familias que viven con un cuarto del salario mínimo, se redujo en un 50%. La pobreza absoluta, que es menos grave que la indigencia, que es la mitad del salario mínimo, se redujo un 35%. Ahora tenemos este fenómeno del aumento de la clase media. La desigualdad en los últimos 16 años se ha reducido en Brasil a razón de un 1,2% anual. Solo 16 países en el mundo presentan índices comparables. En los países ricos la desigualdad está creciendo, también en China. Inclusive la forma de combatir la crisis financiera a través del sacrificio de los jóvenes y de los desempleados, aumenta la desigualdad. Como reza el título de un artículo mío publicado hoy en “La Folha de Sao Paulo”, es una fábrica de producir desigualdades.

Sólo quiero añadir para terminar esta exposición que no se trata únicamente de un problema moral; sino que hay un problema espiritual más profundo. ¿Por qué? Porque detrás de todo esto hay algo muy grave: la absolutización de la economía. La economía debe ser un producto de la sociedad, un producto de la cultura, al servicio de los seres humanos. La economía no es un absoluto, como si tuviera reglas, al estilo de la astronomía, que el ser humano no puede cambiar. Con ello se creó inclusive lo que se ha dado en llamar el fundamentalismo del mercado, la idea de que el mercado es una especie de Dios. Una vez recordé aquí hablando a los empresarios cristianos de UNIAPAC un trabajo muy interesante que recomiendo a todos ustedes, escrito por uno de los más brillantes teólogos protestantes norteamericanos: Harvey Cox. El trabajo fue publicado en 1999 y se titula "El mercado como Dios". Se encuentra en Internet. La facultad de economía de la USP publicó una excelente traducción. Cox dice que algunos amigos le recomendaron que empezara a leer diarios económicos. El, que estaba muy inmerso en la teología, fuera del mundo, tenía mucho miedo de no entender nada. Pero para su sorpresa, cuando comenzó a leer el Wall Street Journal y el Financial Times, descubrió que comprendía todo, porque todo aquello que los teólogos decían de Dios, los economistas lo decían del mercado: que el mercado era omnipotente, omnisciente, omnipresente, no podía errar nunca, tenía la capacidad de autorregularse.

Eso es una idolatría. Quería leerles lo que nuestro padre Antonio Vieira decía en un sermón hace 300 años o más. Decía: "Dice Cristo universalmente, sin excluir a nadie, que nadie puede servir a dos señores. Y queriendo el mismo Cristo poner un ejemplo muy claro de dos señores a los que no se puede servir conjuntamente, ¿qué dos señores os parece que fueron esos? ¿Dios y el mundo? ¿Dios y el diablo? ¿Dios y la carne? No Dios y el dinero. No podéis servir a Dios y a Mammona". Y prosigue el padre Vieira: "así como nadie puede servir a dos señores, así dice Cristo que no se puede servir a Dios y al dinero. ¿Alguna vez se encontró Dios con el interés sin que el descartado fuera Dios?", decía el padre Vieira.

El teólogo Harvey Cox dice lo mismo. En ese mismo artículo recuerda que un gran maestro zen budista (veo con alegría que aquí tenemos representantes de la comunidad budista), en el momento en que estaba muriendo, un discípulo le preguntó qué había aprendido con tanta meditación. El dijo: sólo he aprendido una cosa: cuándo es bastante.

Eso los adoradores del mercado no lo aprenderán nunca, porque para ellos nunca es bastante. Entonces, nosotros necesitamos entre las razones de nuestra esperanza comprender que la economía debe concretarse no en una desmesurada codicia, no en una acumulación más allá de toda necesidad, sino en una básica actitud de frugalidad, en una actitud de moderación.

Yo concluyo con unas palabras del santo Padre en su encíclica Caritas in Veritate, donde dice que este ideal va más allá de los ideales morales de la ética social, por ejemplo de los ideales de la transparencia, de la honestidad, porque él incluye el ideal del don, la lógica del don, de la gratuidad y eso sólo encuentra plena justificación si se comprende a la luz del evangelio. Esta encíclica de Benedicto XVI dice justamente que la fuerza propulsora principal para el verdadero desarrollo de cada persona y de toda la humanidad es, cito textualmente: "la caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección. El amor —*«caritas»*— es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta."
Muchas gracias.

La cultura del dar, alma de la Economía de Comunión

Vera Araujo

El conocimiento e interpretación de los cambios ocurridos a finales del siglo que acaba de terminar, que tienen rasgos de un cambio de época y que continúan produciéndose con creciente aceleración, mantienen y mantendrán ocupados a los investigadores sociales durante bastante tiempo. No se trata de un trabajo fácil ni tampoco atractivo, pero no puede posponerse, porque en ello nos jugamos demasiado. Reconocer entre la montaña de datos disponibles, entre una enorme cantidad de estudios e investigaciones sociológicas, el núcleo de la cuestión, lo que verdaderamente importa para la calidad de vida de la humanidad y la salvaguarda de su dignidad, es el ímprobo objetivo a alcanzar.

A esta mirada sociológica deberá acompañarse una mirada filosófico-teológica que añada al análisis de las causas y sus efectos, una reflexión sobre el sentido y la orientación de la acción. Resulta casi superfluo señalar aquí hasta qué punto es necesario que todo este conjunto esté iluminado por una mirada carismática profética que nos indique nuevos horizontes a partir del contexto histórico real tal y como se presenta, pero que al mismo tiempo nos eleve y nos haga volar alto.

Cada vez somos más conscientes de que es necesario contar con una comprensión menos fragmentaria y más humanitaria de lo que está ocurriendo, que nos de la posibilidad de llegar al corazón de la realidad, a su punto focal, al nudo que lo rige todo. Ciertamente hay que profundizar en cada uno de los distintos aspectos, pero el momento de la síntesis también es necesario.

Ahora intentaré daros algunas pistas de reflexión, que quedan como una invitación para una profundización posterior.

Comencemos con una consideración inicial: El paso de la sociedad moderna a la sociedad global puede ser interpretado como el paso de un vado, o las dos vertientes de una montaña. En todo caso, es algo "nuevo", un cambio de época que dibuja nuevos escenarios y en el que se va perfilando el nuevo rostro de la sociedad que viene. Aparecen nuevas tendencias, nuevos valores, nuevas e incipientes instituciones, nuevas mentalidades y nuevas dinámicas sociales.

Repasemos ahora brevemente algunos de los retos a los que nos enfrentamos. Me parece importante señalar que una característica significativa de la sociedad global es cómo siente cada uno su *identidad*. El individualismo exasperado, casi un culto al propio yo y a sus deseos, dentro de los "lugares" de la convivencia social, marca profundamente la vida de los actores sociales. La globalización no ha ayudado en el proceso de la comunidad, no ha fortalecido los vínculos sociales. Antes bien, de la nueva situación han surgido sentimientos y emociones que antes no estaban tan extendidos pero que hoy constituyen auténticas e inéditas patologías sociales. Ya eran conocidas pero ahora están experimentando un crecimiento exponencial: ansiedad, depresión, inseguridad, miedo, incertidumbre y duda. La gran transformación actual de los lugares típicos de la socialización – la familia, la escuela, la empresa, las instituciones y los espacios para la fiesta y el ocio – condenan a los individuos a una soledad terrible.

Zygmunt Bauman, en su lúcida obra *La soledad del ciudadano global,* escribe: «El mundo contemporáneo es un contenedor lleno a rebosar de miedo y frustración, que busca desesperadamente un desahogo que quienquiera que sufra pueda esperar tener en común con otros. El fuerte deseo de este tipo de desahogo, como nos recuerda Ulrich Bech, "no contradice la individualización, sino que realmente es un producto de la individualización que se ha hecho patológico". La vida individual está saturada de pensamientos oscuros y premoniciones siniestras, más terroríficos cuanto más en soledad se sufren, muchas veces huidizos y no específicos. Como ocurre con las soluciones hipersaturadas, un grano de polvo es suficiente para desencadenar un violento proceso de aglomeración»[1].

Este análisis más bien antropológico nos lleva a otro más de tipo sociológico y político. La modernidad, con su consiguiente complejidad, ha mezclado las cartas de los valores y de los puntos de referencia de la convivencia humana. La consecuencia es un oscurecimiento de los derechos y deberes del ciudadano a nivel individual y como pueblo. Ya no conocemos la esencia de las decisiones que estamos llamados a tomar; no conocemos las motivaciones, ni los efectos ni los objetivos. En la mercantilización global ya no hay distinción entre las cosas y los valores, entre el compromiso y la indiferencia, entre el otro y yo. La herencia que llevamos con nosotros nos puede ayudar, a pesar de la confusión de nuevos escenarios, a encontrar la brújula perdida.

[1] Z. BAUMAN, *La soledad del ciudadano global*

Así pues, es una cuestión cultural. Se trata de reflexionar sobre nuestro ser y nuestro actuar, de buscar sinceramente las verdades escondidas en el fondo de nuestras conciencias y en los pliegues de la historia. Nuestros recuerdos están ahumados, pero nuestra racionalidad y nuestra sabiduría tal vez no se hayan marchitado del todo.

El ya citado Zygmunt Bauman, lector y juez atento de nuestra era, en una entrevista concedida hace tiempo a una conocida revista de sociología, afirmaba: «Mientras todas las decisiones políticas estén determinadas, definidas y mezcladas con razones de tipo económico, no podremos hacer nada para aliviar nuestras preocupaciones. Nos faltan los instrumentos clave que nos permitirían afrontar y superar el poder de las tendencias globalizantes que alimentan nuestra ansiedad. Todo eso no es idealismo, sino realismo, si es que se puede hablar de realismo»[2].

Los problemas que plantea la globalidad exigen el *retorno* de la política, su autonomía en relación con la economía y el mercado del poder de los medios de comunicación. Pero eso no ocurrirá si la política no vuelve a convertirse en confrontación de ideas y proyectos, en lugar de un simple y muchas veces corrupto juego de poder. La política está llamada a reencontrar valores fuertes, capaces de señalar contenidos esenciales y objetivos a alcanzar; a tener la capacidad y la voluntad de elaborar proyectos audaces, capaces de responder a los retos del presente. En caso contrario, será muy difícil recorrer el camino del desarrollo sostenible para todos los pueblos, gestionar las inevitables controversias, resolver las recurrentes desestabilizaciones económico-sociales como la de la grave crisis económico-financiera que estalló en 2008. Y qué decir de la capacidad para hacer frente a las explosiones de violencia provocadas por los cambios radicales que están ocurriendo hoy en una vasta y heterogénea área geográfica como la de Oriente Medio.

Pasando de una visión general a otra más concreta, consideremos los aspectos éticos de la globalización, que son como el corazón de todo este fenómeno. Hace unos años, en un Informe sobre la "globalización justa", la ONU reconocía que ésta tiene un "inmenso potencial positivo" que «ha abierto las puertas a muchos beneficios, promoviendo sociedades y economías más abiertas, fomentando un intercambio más libre de bienes, ideas y conocimientos, y creando una conciencia global en temas como

[2] Z. BAUMAN, *La sociología ante la nueva condición humana*, en "Studi di Sociologia" nº 4/2002, p. 371

la desigualdad, la pobreza, la discriminación y la contaminación». A pesar de ello, afirmaba el Informe, «hay persistentes desequilibrios en la economía global, éticamente inaceptables y políticamente insostenibles. Para la mayoría de la población mundial, la globalización no ha respondido a las aspiraciones de un trabajo digno y un futuro mejor».

Esta "lectura" que hace la ONU y que muchos otros organismos internacionales reproducen, está en consonancia con el pensamiento social de la Iglesia. En un discurso ante el Plenario de la Pontifica Academia de Ciencias Sociales, Juan Pablo II afirmaba: «La humanidad, al emprender el proceso de la globalización, no puede prescindir de un código ético común. Con ello no debe entenderse un único sistema socio-económico dominante o una única cultura que impusiera sus valores y criterios a la ética. Es en el propio hombre, en la humanidad universal salida de las manos de Dios, donde hay que buscar las normas de la vida social».

Benedicto XVI volverá varias veces sobre el tema, profundizándolo y actualizándolo en muchas de sus intervenciones, pero sobre todo en la encíclica *Caritas in Veritate.* Tras decir que «la globalización es un fenómeno multidimensional y polivalente, que es necesario comprender en la diversidad y en la unidad de todas sus dimensiones, incluida la teológica», Benedicto XVI, haciendo énfasis en los peligros de la globalización, afirma que «sólo se podrán superar si se toma conciencia del espíritu antropológico y ético que en el fondo impulsa la globalización hacia metas de humanización solidaria. Desgraciadamente, este espíritu se ve con frecuencia marginado y entendido desde perspectivas ético-culturales de carácter individualista y utilitarista» (nº 42).

Concretamente: «se trata de *ensanchar la razón y de hacerla capaz de conocer y orientar estas nuevas e imponentes dinámicas*, animándolas en la perspectiva de esa "civilización del amor", de la cual Dios ha puesto la semilla en cada pueblo y en cada cultura» (n. 33). Parece que la relación entre economía y ética es central en los escenarios de la globalización. Para que la economía de mercado tenga un rostro humano es absolutamente imprescindible introducir en las estructuras y en las operaciones productivas una dimensión ética y no determinista y, antes aún, despertar en los operadores económicos un comportamiento consciente de la interdependencia cada vez más real entre individuos y pueblos. Esta es una realidad antropológica y por ello política y económica.

Sigo citando a Bauman: «Todos los seres humanos que pueblan nuestro planeta viven en una relación de mutua dependencia. El sujeto no puede estar cien por cien seguro de que su acción/no acción tenga/no tenga consecuencias sobre la condición de sus semejantes, por lejanos que estén en el tiempo y en el espacio. Y a la inversa, la condición en la que el individuo realiza una determinada elección, así como el éxito o el fracaso de sus acciones, están influenciados por todo lo que ocurre en el mundo. (…) Si todos dependemos de la acción/no acción de alguien, si la acción/no acción de cada uno de nosotros tiene consecuencias en cualquier otro miembro de nuestra especie,

entonces cada uno de nosotros es responsable de todo lo que ocurre en el mundo. Nos encontramos, por así decir, en el mismo barco y somos todos conscientes de que el barco se puede hundir y de que su navegación depende de nuestras elecciones/acciones. La responsabilidad es *planetaria.* Estoy de acuerdo con Lévinas cuando afirma que la moralidad del sujeto hoy en día comporta una forma de responsabilización exponencial: es necesario ser responsables de la responsabilidad que objetiva e implícitamente ya tenemos, dado el estado de mutua dependencia por lo que se refiere al bienestar, a las condiciones de vida, a las perspectivas y al destino»[3].

Y después de considerar la necesidad de pasar de la interdependencia personal basada en la conciencia del individuo a la interdependencia de los Estados, el mismo Bauman sugiere: «Nuestras instituciones políticas son totalmente inadecuadas en comparación con la dimensión planetaria de la interdependencia actual. La responsabilidad planetaria es ya una realidad, pero un largo y difícil camino nos separa de la toma de conciencia de esta responsabilidad. Sólo nos queda esperar que antes o después este esfuerzo se realice y de buenos resultados, puesto que (tal vez por primera vez en la historia de la humanidad) la exigencia moral y el instinto de supervivencia no se contraponen como ocurría antes, sino que tienden a converger en la misma dirección y sugieren las mismas acciones y estrategias»[4]. Sentirse responsables no es únicamente algo que habite en la conciencia de todos y cada uno. Es algo que debe acontecer, transformándose en orientación de los actos. Volviendo al tema económico, se trata de introducir en nuestros actos una nueva dimensión, que pueda modificar desde dentro las relaciones productivas y las estructuras de la producción, que sea capaz de transformar la "cultura del mercado", puesto que el mercado tiene su propia manera de pensar y actuar, su propia escala de valores.

Según las palabras de Benedicto XVI: «el *principio de gratuidad* y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben *tener espacio dentro de la actividad económica ordinaria*. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempo» (*Caritas in veritate* nº 36).

Esta exigencia estaba muy presente cuando se lanzó la Economía de Comunión, que lleva en su ADN un importante proceso de unificación. Uno de sus puntos claves – la cultura del dar – inerva todo el proyecto, lo anima desde dentro y lo proyecta hacia el exterior. Sin esta cultura del dar, del compartir, del don y, en definitiva, de la comunión, no puede existir una economía de comunión.

Como sabemos, el don ha regresado estos últimos años a la vida y al pensamiento, como un componente esencial de las relaciones sociales y también económicas. Es un salto de calidad que exige redescubrir el amor agape, porque el dar no es otra cosa que el amor en acto, que es don en sí mismo. Es un acto puro, gratuito, generoso, pero que

[3] Idem, p. 354
[4] Idem, p. 355

no desprecia la correspondencia y la reciprocidad, sino que, antes bien, las espera, aunque en su perfil más alto como perfeccionamiento del don, del agape. «Dar es la forma temporal fundamental del agape y su única medida histórica (…). Como traducción temporal del agape, el dar encuentra su significado más genuino y profundo, que transciende la inmediatez de la percepción cuantitativa-cualitativa, precisamente en el amor. (…) El amor verdadero encuentra su comprobación inmediata en el dar concreto»[5]. Por eso no todo acto de dar es un verdadero dar. Hay un dar contaminado por la voluntad de tener poder sobre el otro, que busca el dominio e incluso la opresión de los individuos y de los pueblos. Hay un dar que busca satisfacción y complacencia en el mismo acto de dar. En el fondo es una expresión egoísta de uno mismo y, en general, es percibido por que recibe como una humillación, como una ofensa. Hay otro dar utilitarista que, en el fondo, busca ser correspondido, busca el propio beneficio.
Así pues, el verdadero dar es un dar sustancial y concreto que connota una manera de ser y de comportarse, una verdadera cultura. La economía necesita de esta cultura para convertirse en "economía de comunión". Hablando a unos empresarios, Chiara afirmaba: «La economía de comunión pudo nacer porque existía un contexto cultural concreto que está creando un mundo nuevo: la cultura del dar»[6].

Ante los retos que ya tenemos y los que nos esperan, una de las respuestas o, mejor dicho, una de las soluciones concretas y a la vez profética es ciertamente la cultura del dar, sencilla pero exigente. Esta se presenta con todos los papeles en regla para señalar

una nueva orientación, un cambio en las relaciones entre los individuos, en la vida de cada día, haciendo que surja un hombre nuevo, capaz de edificar estructuras nuevas. Existen estructuras económicas, políticas y financieras que hacen circular el mal, la opresión y la explotación. El papa Woityla las llamó "estructuras de pecado". En su base hay dos actitudes personales: el ansia exclusiva de beneficios y la sed de poder. Ambas pueden superarse con la cultura del dar. No sólo eso, sino que pueden surgir estructuras nuevas por las que circule el bien, en cuya raíz está la cultura del dar. La Economía de Comunión es uno de estos proyectos económicos, que nacieron precisamente para hacer el bien, el bien común, y se están convirtiendo en un multiplicador del bien. No se trata de una utopía, porque es desarrollo de algo muy sólido, real y concreto: la cultura del dar.

[5] Wodka A., *El dar en la experiencia apostólica de San Pablo*, (nota en" Unità e Carismi" 6 (1993), pgs. 13-14
[6] Chiara Lubich, *La economía de comunión – historia y profecía*, Città Nuova Ed, Roma 2001, p. 67

El significado de la EdC en la economía y en la sociedad global actual

Stefano Zamagni

El día de hoy, como sabemos, es importante, verdaderamente importante. En los minutos que se me han concedido trataré de explicar por qué. Como hoy alguien nos ha recordado, en la famosa carta de San Pedro está escrito que es necesario dar siempre razón de nuestra fe. Si hay que dar razón de nuestra fe, con mayor motivo hay que dar razón de la economía de comunión y eso es lo que trataré de hacer en los próximos minutos.

Si hoy en la ciencia económica y en la práctica económica se puede hablar de conceptos como don, gratuidad, reciprocidad y otros parecidos, el mérito es de Chiara. Esto hay que admitirlo. Porque quien conoce la teoría económica y vive en la práctica económica sabe cómo se concebía hasta hace poco tiempo la actitud de aquellos que no tenían como fin el propio interés. Es verdad que en economía hace tiempo que se habla de altruismo, de filantropía y de donación, pero el don es distinto de la donación, la filantropía es distinta de la gratuidad y, sobre todo, el altruismo es distinto de la reciprocidad

Nosotros sabemos que la reciprocidad es típica del ser humano. También los animales practican tanto el intercambio como el altruismo, pero los animales no poseen la reciprocidad. Por eso la gran intuición de Chiara fue hacernos comprender que hay que exaltar lo que de más humano hay en nosotros. Otros, en cambio, habían exaltado otros principios que son seguramente importantes, como el intercambio o la filantropía, pero no son típicos de la raza humana, del género humano, ya que, como he dicho, también los animales tienen formas de este tipo.

Entonces ¿de dónde viene esta inspiración de Chiara? De la constatación de que un orden social (orden social significa una organización de la sociedad, cualquiera que sea) para funcionar necesita por supuesto de la eficiencia y de la solidaridad, pero éstas no son suficientes. Hay que añadir un tercer principio que es el de fraternidad.

Alguien podría pensar que esto se da por supuesto, pero no es así, porque en siglos pasados a nadie se le había ocurrido expresar el tema económico en estos términos. Tan cierto es esto que la influencia del pensamiento del movimiento de los Focolares y en particular de la economía de comunión, hace menos de dos años que ha entrado por vez primera en un documento pontificio: la "Caritas in veritate". Sabéis que el capítulo III de la Caritas in veritate lleva por título "Fraternidad y desarrollo humano", etc. No había ocurrido antes. En ninguna otra encíclica de la Doctrina Social de la Iglesia había entrado el principio de fraternidad. Se hablaba (y mucho) de solidaridad.

Este punto merece ser recordado: la principal contribución de la economía de comunión ha consistido en hacer comprender que – estoy resumiendo lo ya dicho – eficiencia y solidaridad son necesarias pero no suficientes. Un orden social funciona bien y es sostenible si además va acompañado del principio de fraternidad.

Pero aquí surge un problema importante. Vosotros sabéis que en las cuestiones de las relaciones sociales hay dos formas de interpretar lo nuevo, la novedad. Una de ellas es considerar lo nuevo como un fenómeno aditivo. La otra, como fenómeno emergente.

¿Qué diferencia hay entre el enfoque aditivista y el enfoque emergentista? La diferencia es que según la primera concepción, la economía de comunión sería un añadido a lo que ya existía en nuestras economías. Dicho con otras palabras: está el área ocupada por las empresas de tipo capitalista o que tienen como fin el beneficio, están las empresas que se dedican a la filantropía, el llamado sector no lucrativo, y después están las empresas de la economía de comunión. Esta concepción aditivista, - creo yo y la interesada no me lo puede desmentir puesto que ya no está entre nosotros, sino en otro lugar – nunca ha sido la concepción de Chiara.

Chiara pensó la economía de comunión como fenómeno emergentista, que quiere decir que una vez que entra en la realidad económica del mercado, este proyecto debe, a la manera de la levadura, contagiar y fertilizar también las restantes esferas. En otras palabras, Chiara nunca pensó la economía de comunión como un añadido, dejando que el resto de la economía y de la sociedad fuera por su cuenta, siguiendo su propia lógica. Quiso que los empresarios que voluntariamente aceptan el reto de la economía de comunión fueran a invadir, como hace la levadura, los otros modos de actuar.

Comprendéis que esto tiene consecuencias importantes. La más importante es la siguiente: que no es tan importante que el número de empresas sea abundante; no debemos preocuparnos demasiado de que crezca el número de empresas de la economía de comunión. Lo importante es que nos preocupemos de que esta acción y este testimonio vaya a poner en crisis – crisis es una palabra griega que significa transición, transformación - también a los otros mundos. ¿Qué haríamos con una sociedad en la que las finanzas, la producción de bienes y servicios se realiza con una lógica de alienación y explotación y después hay una esfera pequeña de empresas de comunión donde todo eso no ocurre? Serviría para poco. A Chiara no le interesaba

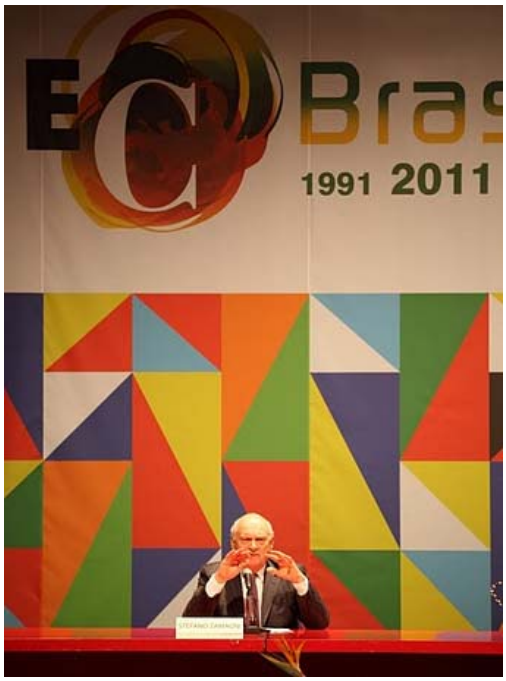
hacer que algunos fueran más buenos, sino tender a que toda la sociedad fuera más buena. Hoy se podrá conseguir o no, pero este no es el problema, el objetivo es ese.

El segundo punto es el siguiente. Hemos aprendido de Aristóteles que el bien es infinito pero frágil. Quienes hayan estudiado filosofía conocerán el concepto de la fragilidad del bien. ¿Qué quiere esto decir? El bien es infinito, no tiene límites, pero es frágil. Por ejemplo, un jarrón de cerámica, es muy hermoso pero si se cae al suelo se rompe. En cambio el mal es finito pero robusto.

¿Por qué digo esto? Porque, al igual que en la vida diaria nosotros tendemos a proteger o, mejor dicho, a fortalecer a los frágiles, lo mismo debe valer para las empresas que operan según el principio de fraternidad y por lo tanto de reciprocidad: deben actuar en el mercado al lado de las demás empresas. Porque hemos dicho que deben contagiar, contaminar, pero en los momentos iniciales la lucha puede ser incluso severa. Así pues debemos tener en cuenta que a estas empresas no hay que protegerlas en el sentido de la teoría económica, que tiene un significado distinto, pero sí hay que sostenerlas oportunamente para evitar que esa fragilidad las haga sucumbir frente a la robustez de las otras.

¿Qué hay que hacer para aumentar esta capacidad de resiliencia, de salir al paso de las dificultades? Señalo tres respuestas.

La primera, que tal vez sea la más importante (pero no es el momento de establecer prioridades), se refiere a la producción de ideas, de pensamiento. Por eso, después de la economía de comunión nació la Universidad Sophia, que es un pulmón cultural que sirve para aumentar, o mejor dicho, para disminuir la fragilidad de la que hablamos. Pero ojo, porque, como sabemos, el pensamiento puede ser de dos tipos: el pensamiento calculante y el pensamiento pensante (thinking thought, en inglés). El pensamiento calculante es el que nos ayuda a resolver los problemas, las cuestiones de orden práctico. Es importantísimo, ay de nosotros si nos faltara el pensamiento calculante. Debemos estar agradecidos a la ciencia y a la técnica que en los últimos siglos nos han dado grandes resultados. Pero este gran desarrollo del pensamiento calculante se ha producido a costa del pensamiento pensante. El pensamiento pensante es el que nos da la dirección de la marcha. Y esto, por toda una serie de razones que no tengo tiempo para ilustrar, ha reducido el espacio del pensamiento pensante. La idea de la que surgió la Universidad Sophia y su gran objetivo es esta: equilibrar estos dos tipos de pensamiento. Esto sirve



también para la economía de comunión, porque marca la dirección. Si la economía de comunión no tiene clara la dirección de marcha corre peligro de desviarse e ir en la dirección opuesta. Esta es la primera condición que tenemos que cumplir y fortalecer para obtener resultados.

La segunda condición es muy importante. Debemos llegar a encontrar la forma de medir la calidad del bien que realizan las empresas de comunión. He dicho la calidad, no la cantidad. La cantidad ya sabemos cómo se mide: facturación, número de empleados, número de empresas, cuota de mercado, etc. Todo esto hay que hacerlo.

Pero debemos también ser capaces de mostrar a los otros cómo de bien las empresas de comunión hacen el bien, porque el bien hay que hacerlo por caminos de bien. El bien mal hecho se convierte en un mal y eso es un problema. Tenemos que encontrar la manera de medir esta calidad. Me diréis ¿es posible? Sí, es posible, aunque es cierto que hay que usar una métrica distinta. No podemos medir la calidad con la misma métrica con la que medimos la cantidad. Para medir la largura de esta mesa tenemos el metro. La calidad necesita otra métrica. Pero esta es una empresa que todavía no ha intentado nadie y mucho menos lo ha conseguido. Debemos conseguirlo. Os estaréis preguntando ¿Por qué es esto tan importante? Porque las empresas de comunión todavía están en la primera generación. En veinte años todavía están los pioneros, pero dentro de unos años se producirá el relevo generacional. Llegarán otros que no han sido pioneros. La pregunta entonces es ¿cómo sabrán los que lleguen de qué manera se generó el bien? Los pioneros lo saben, porque lo han escuchado de boca de Chiara o han tenido una relación directa. Pero quien venga en los próximos 20 años – aquí está escrito 1991-2011-2031 – necesitará saberlo. Y por eso una métrica de la calidad es hoy indispensable. Una empresa de tipo capitalista no tiene necesidad de esto. Las empresas de comunión sí. Este es un reto importante que el movimiento en general pero sobre todo la economía de comunión, debe recoger y sobre todo superar, teniendo presente que esto es posible. Alguien – aunque no es este el lugar - podría deciros ¿cómo se mide la calidad? Ya lo creo que se puede medir la calidad. No debemos seguir sin más esa corriente de pensamiento filosófico que se llama neopositivismo que nos ha acostumbrado a pensar que sólo se puede medir lo cuantitativo. Hoy seguimos pagando las consecuencias de haber estado completamente sometidos a este enfoque epistemológico. Debemos saber que la calidad se puede medir, porque el bien también hay que medirlo. Ciertamente, lo digo una vez más, con métricas completamente distintas.

Hay una tercera condición que debemos cumplir: cómo apoyar el nacimiento de nuevas vocaciones empresariales. Sabéis que la palabra empresario y emprendimiento fue creada por primera vez en 1730 por un economista irlandés que se llamaba Richard Cantillon. Antes no existía esa palabra. Tanto es así que Cantillon tuvo que usar una palabra francesa porque en inglés no existía: entrepreneur, que quiere decir emprendedor o empresario. Dice Cantillon: ¿quién es el empresario? El empresario es un sujeto que posee, en su máximo grado, tres cualidades: la propensión al riesgo, la capacidad de innovar y la ars combinatoria, es decir, el arte de la combinación. Esto es lo que define al empresario. Hoy, debido a toda una serie de razones, nos encontramos en una situación en la que falta la propensión al emprendimiento. Hoy tenemos –intentad entenderme- demasiados managers y demasiados pocos empresarios. Tenemos muchos expertos en contabilidad, en marketing, en finanzas empresariales. Son muy buenos y necesarios (¿véis el pensamiento calculante?), pero el empresario es otra cosa. El empresario es alguien que ama el riesgo, pero ojo: riesgo no es lo mismo que incertidumbre. ¿Sabéis qué quiere decir amar el riesgo? Empezar el camino antes incluso de saber dónde conduce. Es como el explorador. Cuando un explorador comienza no sabe dónde irá, pero comienza de todos modos. Esto es lo que significa ser empresario. Cuando Chiara comenzó su aventura durante la guerra no sabía dónde iba a llegar, pero comenzó. Así pues Chiara es empresaria en máximo grado, una gran empresaria. Debemos quitarnos de la cabeza la idea de que el empresario es sólo aquel que realiza el objetivo del máximo beneficio. Ese también es un empresario, debemos reconocerlo y no demonizarlo, pero debemos reconocer que esa no es la única forma de emprendimiento, sino que hay otras.

Hoy, por una serie de motivos, está disminuyendo la propensión al riesgo, la capacidad de innovación y la capacidad de combinar. ¿Qué es lo que hay que combinar? No las cosas, eso lo saben hacer todos, sino los corazones, es decir las mentes. Un gran economista norteamericano, premiado con el Nobel de economía, Schelling, dio la mejor definición del empresario-innovador: un sujeto que realiza lo que en inglés se llama “a meeting of minds “, un encuentro de mentes, pero mind en inglés es más el corazón que el cerebro (cerebro se dice brain). Esto es muy bonito para tenerlo presente.

Por eso considero, esta es la tercera condición, muy importante que la economía de comunión de origen a una verdadera escuela de emprendimiento. Las escuelas de negocios, donde se imparten Masters de todo tipo, ya existen y están bien. Lo que faltan son escuelas de emprendimiento, donde se aprenda a usar gafas especiales. Porque hay que aprender a ver la realidad con una mirada distinta de la habitual. He encontrado esta idea de la mirada, muy bien expuesta, en un pasaje de San Francisco, a propósito de la anécdota del lobo de Gubbio. Todos tenían miedo del lobo, porque era malo, comía. El en cambio le mira con ojos distintos y consigue hablarle y hacerle bueno. El lobo seguía siendo el mismo. ¿Recordáis lo que decía San Francisco? “Tú, lobo, eres malo si desmiembras a los demás, pero tú lo haces no porque seas malo, sino porque tienes hambre”. En un lobo malvado Francisco vio que existía una capacidad de

bondad, porque le miraba con unas gafas distintas. Para eso sirve una escuela de emprendimiento. Debemos conseguir hacer ver la realidad económica con otros ojos. Esta es una exigencia imprescindible para la economía de comunión.

El tiempo se acaba, así que debo encaminarme a la conclusión. Diréis: ¿Por qué, después de todo, es necesario que existan empresas como las de la economía de comunión, que tengan la función de la profecía? Tened en cuenta que la profecía no es consecuencia de la previsión. Si así fuera, los economistas serían profetas, pero la realidad es que se equivocan en todas las previsiones. La profecía es hija de la promesa. Nosotros tenemos una promesa y en ella es donde ponemos nuestra confianza. Entonces entendéis por qué necesitamos dar alas a este proyecto. Porque hay problemas – y esta mañana quien ha intervenido nos lo ha contado – que no pueden resolverse si no es con este germen de la economía de comunión que entra, como la levadura, en los restantes ámbitos de la vida asociada.

No tengo tiempo, pero pensad en las paradojas como el aumento de la desigualdad a la vez que aumenta la riqueza, la paradoja de la felicidad, de todos conocida, la paradoja según la cual instituciones como la familia están perdiendo valor, con las consecuencias que podemos fácilmente imaginar. Por eso necesitamos empresas de comunión: con vistas al desarrollo humano integral. Pero hay que prestar atención cuando se habla en estos términos. Desarrollo humano integral quiere decir un desarrollo de las tres dimensiones: la dimensión material (el PIB, que es necesario, tenemos que comer y de hecho acabamos de hacerlo), la dimensión socio-relacional (necesitamos bienes relacionales, los bienes materiales no son suficientes) y la dimensión espiritual. Si os fijáis, veréis que actualmente la ciencia social tiende a hacernos creer que es posible sustituir una dimensión por otra: basta aumentar la satisfacción de la dimensión material, aunque sea a costa de la dimensión socio-relacional y espiritual. El desarrollo humano integral nos enseña que las tres dimensiones deben avanzar en paralelo. No se pueden hacer intercambios que, sin embargo, es lo que está ocurriendo. Nosotros lo vemos en la universidad, con los jóvenes, los cuales piensan que aumentando la dimensión material sea posible olvidar las otras dos dimensiones. Pero no es así. Después, como decía Vera esta mañana, llega el sentido del abandono, el sentido de la desorientación y a veces hasta la desesperación. Aquí está la necesidad de empresas de comunión. Porque sólo las empresas de comunión demuestran con los hechos que las tres dimensiones pueden desarrollarse concretamente de la misma manera.

La economía de comunión, en este sentido, es un resurgimiento. Resurgimiento significa surgir de nuevo. Estas ideas ya están dentro de una determinada matriz cultural: la que comienza en la época del humanismo y del renacimiento, cuando, bajo la influencia de la escuela de pensamiento franciscana, se pusieron en marcha las primeras empresas –aunque no las llamaban así por la razón que hemos recordado-, encaminadas al bien común. Por eso digo que la economía de comunión es un resurgimiento: es un anillo de una cadena muy larga y muy antigua. Mal hacen quienes

creen que la economía de comunión es un carisma surgido de repente. No. Por eso debemos estar seguros de que tendrá éxito, porque tiene raíces muy, muy profundas.
Durante el descanso dos amigos me han recordado una metáfora que usé en Castelgandolfo en un encuentro como este, pero no tan bonito como este, hace algunos años. En aquella ocasión dije: las empresas de comunión son como el abejorro: de acuerdo con las leyes de la física de Newton el abejorro no puede volar, porque la apertura alar es demasiado pequeña con respecto al peso del cuerpo. Pero el abejorro vuela. Y nosotros sabemos que fue necesaria la física de Einstein para explicar por qué el abejorro puede volar. Lo mismo ocurre con las empresas de comunión. Según ciertos pensadores –es un decir- las empresas de comunión no deberían existir. Por eso la idea nació de Chiara, que no era economista. Por suerte no era economista, ya que un economista nunca les hubiera dado vida. Después, a continuación, surgirá una teoría que explicará por qué pudieron nacer.

Termino con una frase de San Agustín, un pensamiento que a mí me gusta mucho repetir. San Agustín define la esperanza como una virtud que tiene dos hijos, más concretamente una preciosa hija y un hijo igualmente hermoso. La hija se llama rabia, indignación, la indignación que se experimenta cuando vemos cómo son las cosas, la miseria, etc… y nosotros pasamos por delante y miramos para otro lado. El hijo se llama valor, el valor de ver cómo podrían ser las cosas, si fueran distintas. La esperanza cristiana es la virtud de quienes se enfadan. Nosotros debemos volver a enfadarnos, a indignarnos, pero con la valentía de remangarnos para encontrar la solución, que existe. Porque a diferencia del animal, que vive en el tiempo pero no tiene el tiempo, los seres humanos viven en el tiempo y tienen el tiempo. Tener el tiempo significa tener la capacidad de cambiar los tiempos.
Muchas gracias.

Nuestra esperanza, hacia el 2031

Luigino Bruni

Hemos regresado a Sao Paulo, donde Chiara sintió la chispa inspiradora, para dejarnos convertir por estos lugares. En la historia de los pueblos, sobre todo en la historia de la acción del espíritu en el mundo, los lugares son importantes. La geografía tiene el mismo peso que la historia. Por eso, quien quiera conocer en profundidad el carisma de San Francisco antes o después tiene que ir a Asís; quien quiera conocer y entender a Martin Luther King tiene que mezclarse con los afro-americanos, y quien quiera conocer y comprender la EdC, antes o después, debe venir a Sao Paulo. Aquí, donde nació, de la mirada de una mujer sobre esta ciudad, hace 20 años, la EdC, una red que hoy cada vez más abraza el mundo entero. Hemos venido aquí para comprender mejor la inspiración de Chiara porque, si bien es cierto que no podemos sino alegrarnos de los frutos de estos 20 primeros años, también sentimos que hoy es necesario un salto de escala: que todos y cada uno demos un acelerón para no perder la cita con la historia y dirigirnos con esperanza hacia el 2031.

¿Qué es lo que hemos comprendido y recordado?

A. Que el sistema económico capitalista debe evolucionar hacia algo nuevo (ya hay señales de esto si sabemos descubrirlas en el entramado de la historia). La crisis medioambiental, las crisis financieras, las desigualdades cada vez mayores y la infelicidad creciente en los países opulentos son signos elocuentes de que el sistema capitalista debe evolucionar, salvando el mercado como lugar de creatividad y libertad. Pero para salvar las conquistas humanas del mercado y de la empresa, es necesario superar este capitalismo que no sabe evitar que los niños mueran de hambre en las aceras de nuestras ciudades opulentas.

B. Hemos comprendido que la misión de la EdC, la nota que debe interpretar en el concierto interpretado por cuantos trabajan por una economía más humana y justa, tiene que ver con la división de los beneficios en tres partes que Chiara nos indicó desde el principio: empresas nuevas, una cultura nueva y sobre todo la pobreza. En particular, la EdC puede contribuir a reducir la miseria y la exclusión antes que nada

cambiando las relaciones económicas de producción. La "corona de espinas" de Sao Paulo y de cualquier otra ciudad sólo desaparecerá seria y definitivamente cuando las empresas incluyan en su seno a los excluidos, cuando su gestión sea de comunión, cuando el beneficio no sea el único objetivo de la empresa, sino un medio para el bien común, el bien de todos y cada uno.

C. Hemos comprendido que la pobreza no es una fatalidad, una condena definitiva de la humanidad, sino también y sobre todo el fruto de unas relaciones enfermas, equivocadas y asimétricas de poder, de decisiones políticas y económicas locales y globales. Si el sistema económico no evoluciona hacia la fraternidad universal, si las empresas no son de comunión, la miseria y la exclusión crecerán en el mundo y aumentarán los vencidos y las escorias del sistema. La EdC cura la pobreza cambiando las relaciones sociales, económicas y productivas. Ciertamente, la EdC cambia a las personas, pero esto no es suficiente, porque sabemos por la historia que es necesario cambiar también las instituciones, incluida la institución económica fundamental, que es la empresa. Si es cierto que los ideales nacen de las personas, esos mismos ideales viven y crecen en el tiempo sólo con las instituciones que también han surgido de esos mismos ideales.

Mientras con los proyectos de desarrollos que realizamos sobre todo con la ONG AMU nos ocupamos de personas necesitadas (queremos y debemos hacerlo cada vez mejor), en paralelo toda la EdC trabaja para cambiar las empresas y las instituciones, para que un día – esto es lo que soñamos con los ojos abiertos – nuestros proyectos de desarrollo dejen de ser necesarios, porque una economía de comunión a amplia escala haya eliminado de raíz las causas de las relaciones equivocadas de las que dependen buena parte de nuestras pobrezas e indigencias. En estos días hemos recordado que cuando Chiara vio las favelas de Sao Paulo al lado de los rascacielos, no puso en marcha, como podía suponerse desde una lógica humana, una acción social en la periferia de Sao Paulo (acciones que gracias a Dios existían y siguen existiendo también dentro del movimiento de los focolares). Ante aquellas favelas Chiara pidió que nacieran empresas nuevas y distintas en una zona industrial alejada de Sao Paulo, en la ciudadela Aracoeli, intuyendo de esta manera que sin cambiar las empresas, que son la institución principal de la economía de mercado, no sería posible eliminar las favelas de Sao Paulo y del capitalismo.

D. Finalmente, también hemos recordado (es decir, hemos vuelto a traer al corazón) que, en una economía que da demasiada importancia a los capitales financieros y técnicos, la EdC sabe y dice que el primer capital fundamental de la empresa y de la economía son las personas. La creatividad y la pasión de las personas es lo que marca la diferencia, creando la riqueza y el éxito de las empresas y comunidades. Hoy es más cierto que ayer que sin mujeres y hombres nuevos no hay innovación humana, económica y social. Por eso la formación de mujeres y hombres nuevos es hoy, más que ayer, un elemento coesencial de la EdC y de su humanismo. Además nosotros sabemos y lo vemos todos los días, que los protagonistas de la vida económica, los trabajadores y los empresarios, recargan su energía moral y profesional sobre todo fuera de la empresa, en la familia y en la vida civil. Aquí es donde se recibe el nutriente que alimenta también el éxito de las empresas.

La EdC esto lo conoce bien y sabe que si sus protagonistas perdieran el contacto con las comunidades civiles que están a su lado, entre las cuales se encuentran las comunidades del movimiento de los Focolares, se secarían los pozos de la vida de los que también depende el éxito de las empresas. Por eso la EdC es al mismo tiempo una realidad completamente económica, pero también una realidad más grande que la economía, que encuentra fuerzas para resistir y seguir adelante sobre todo en las pruebas y dificultades que no han faltado durante estos 20 años y no faltarán nunca, porque son la vida sobre todo en las comunidades que la rodean. Ay de nosotros, si perdemos este contacto vital, porque nos tocaría la misma suerte de Anteo en su combate con Hércules. Es conocido el mito de Anteo, hijo de la diosa tierra (Era): cada vez que el fortísimo Hércules le tiraba con fuerza al suelo para matarle, como Anteo era hijo de la tierra, en lugar de morir tomaba fuerzas de la tierra y se hacía más fuerte. Solo cuando Hércules lo elevó de la tierra, consiguió vencerle. La misma triste suerte correrían nuestras empresas y toda la EdC si perdiéramos contacto con las comunidades, con todas las personas que viven con nosotros para dar vida a un mundo fraterno, como dice también vuestra presencia hoy.

E. Para terminar, la EdC apoya su esperanza en el 2031 y más allá en una apuesta antropológica: la certeza, validada con la vida, de que toda persona lleva inscrita una vocación profunda a la comunión, a amar y a ser amada, como escribió Chiara en uno de sus primeros pensamientos sobre la EdC: “El hombre creado a imagen de Dios, que es amor, encuentra su plena realización precisamente en dar, en amar, sea o no creyente”. Por esta profunda llamada a la comunión, la vida individual y colectiva sólo crece en la comunión y sólo se alcanza la felicidad individual y pública en el seno de unas relaciones orientadas a la comunión.

La EdC nació y sigue naciendo de un carisma: por esta razón existe una relación muy profunda entre la EdC y los jóvenes, ya que los carismas y los jóvenes tienen en común la esperanza, la fe en el futuro y los grandes proyectos e ideales. Así pues, dejamos a los jóvenes y a su mensaje “De Sao Paulo al mundo”, las últimas palabras de estos 20 años de EdC.

De Sao Paulo al mundo

Mensaje de los jóvenes

Al finalizar la Asamblea 2011 de la Economía de Comunión en la libertad (EdC), celebrada con ocasión del 20º aniversario de la puesta en marcha del proyecto, todos cuantos hemos participado en ella y en particular nosotros, los jóvenes, sentimos la responsabilidad y el deseo de lanzar un mensaje desde Sao Paulo al mundo, dirigido a todos los que trabajan por un sistema económico distinto, más justo y solidario.

CREEMOS

Nosotros creemos que:

- La economía y las empresas deben hacer propio, junto a los principios de libertad e igualdad, el principio de fraternidad. Al hacerlo, la economía contribuirá a la realización de la dignidad de la persona humana y de todos los pueblos. De esta manera se podrá responder al anhelo de sentido y de felicidad escondido en el corazón de toda mujer y todo hombre;

- No podemos y no queremos soportar por más tiempo que más de mil millones de personas sigan viviendo en condiciones de pobreza absoluta. No debemos descansar mientras haya personas en la tierra que carezcan de lo necesario para llevar una vida decente, para llevar la vida que aman, para desarrollar su potencial y sus capacidades, para cultivar sus sueños individuales y colectivos. Pero creemos que, sobre todo, hacen falta mujeres y hombres nuevos, que elijan cada día un estilo de vida solidario y sobrio, que usen su creatividad también en las empresas e instituciones y sus talentos para compartir, arriesgar la vida y amar concretamente.

- Es posible construir una economía que se tome en serio el principio de fraternidad que conjugado en la esfera económica se llama comunión, al menos por cuatro razones:

1. Una economía de fraternidad la vemos ya día a día en la comunión de bienes y en la sobriedad de millones de personas que viven, a varios niveles, la misma espiritualidad de la unidad y la misma cultura que anima el proyecto de la EdC: la cultura del dar y la reciprocidad

2. Una economía de fraternidad la vemos realizada en la experiencia de los cientos de empresas del proyecto EdC que, a pesar de las dificultades y los fracasos pequeños o grandes, siguen siendo fieles a los valores de la EdC, destinan sus beneficios a ayudar a los hermanos en situaciones difíciles, a crear puestos de trabajo y a difundir una 'cultura del dar', y orientan sus decisiones de gestión al respeto de los clientes, de los trabajadores, de los proveedores y de la sociedad civil.

3. Encontramos la misma tensión hacia la comunión y la fraternidad en muchas experiencias de economía social, civil y solidaria del mundo, un movimiento variado y en continuo crecimiento que dice, con distintos lenguajes, que es posible otra vía post-capitalista hacia la economía de mercado, si la deseamos y nos comprometemos todos juntos y en seguida.

4. Finalmente creemos que es posible una economía de comunión, porque todo hombre y toda mujer de la tierra lleva "inscrito en lo profundo de su ser, sea o no creyente", la vocación a la comunión y al amor, como decía Chaira Lubich. Solo una economía así puede satisfacer plenamente nuestra búsqueda de felicidad individual y pública.

PEDIMOS

Con estas convicciones, nosotros, los jóvenes de la EdC, representantes de miles de jóvenes y adultos de varias culturas, países, religiones y condiciones económicas y sociales, también queremos pedir cambios concretos, aquí y ahora.

1. En los últimos años el desarrollo económico ha estado drogado por el comportamiento éticamente discutible de unas finanzas carentes de reglas que han causado daños tan importantes como para poner en riesgo el funcionamiento del sistema mismo. El sistema económico y financiero occidental sigue siendo estructuralmente frágil y requiere nuevas reglas capaces de hacerle recuperar sus valiosas funciones para el bien común. Por eso pedimos a los gobiernos de los estados:

- que involucren a la sociedad civil en las políticas para el desarrollo, empezando por la familia, dando valor al trabajo a tiempo parcial y al cuidado de la infancia y la asistencia a familiares ancianos o con discapacidad.

- que apoyen fiscalmente el trabajo por cuenta ajena, las familias con hijos menores y la salvaguarda del medio ambiente,
- que desincentiven, incluso con instrumentos fiscales, las transacciones financieras altamente especulativas,
- que combatan la evasión fiscal, eliminen los "paraísos fiscales" y reduzcan los gastos militares no necesarios para la protección de las poblaciones.
- que eliminen las barreras aduaneras para los productos de los países que respeten el trabajo y el medio ambiente.

2. Por eso pedimos a todos los ciudadanos del mundo, empezando por los aquí presentes en Sao Paulo, que se comprometan con una nueva convicción, en el plano político, jurídico e institucional, en favor de una economía donde, junto a los principios coesenciales de libertad e igualdad, haya un espacio concreto para la fraternidad entre las personas y entre los pueblos. Que favorezcan con sus decisiones de consumo y ahorro a las empresas éticamente orientadas y que invierten una parte significativa de sus beneficios para el bien común. La EdC nos dice que el beneficio de las empresas tiene una naturaleza y una vocación sociales.

3. Desde sus comienzos, la EdC ha dado gran importancia a la formación de "hombres nuevos". Por eso pedimos:

a) Que en los currículos de los centros de enseñanza primaria y secundaria se incluyan cursos de educación al medio ambiente, a la legalidad, a la fraternidad y a la mundialidad, que favorezcan la integración, la paz, la comunión y la unidad entre los pueblos, reduciendo así el riesgo de futuras guerras y de destrucción del planeta.
b) Que aumenten significativamente los esfuerzos por parte de las universidades de los países con más recursos financieros y culturales para dar vida, en el respeto recíproco, a intercambios de profesores con las restantes universidades del mundo, ya que no hay futuro para los jóvenes sin una formación de alta calidad.
c) Que en las facultades de economía y ciencias políticas y sociales se reconozca el derecho de ciudadanía a la enseñanza de visiones y teorías económicas distintas a las actualmente dominantes.

CONCLUSION

Nosotros, los jóvenes, somos conscientes de ser la primera generación en la historia de la humanidad con serio peligro a escala global de tener un futuro peor que el de nuestros padres, a causa de las profundas heridas infligidas en este último siglo al medio ambiente (aire, agua y fuentes de energía no renovables).

Además, una creciente ideología individualista, xenófoba e insolidaria se asoma en el horizonte de nuestra civilización postmoderna. Al mismo tiempo, tenemos la seguridad de que la Providencia existe y actúa en la historia, y que también nosotros podemos tener un futuro mejor. Creemos que la EdC vino a la tierra, a esta tierra brasileña, hace 20 años, para alimentar y hacer posible esta esperanza nuestra.

Por todo esto nosotros, jóvenes de Sao Paulo de mayo de 2011, con las raíces en 1991, pero interesados y responsables más que nunca de cómo serán la economía y el mundo en 2031, creemos que si estas convicciones, esperanzas, compromisos y deseos nuestros son compartidos por muchos hombres y mujeres de todos los continentes y si nuestros comportamientos cotidianos son coherentes con ella, la aspiración a una economía no sólo eficiente y justa sino también fraterna, no será una simple utopía.

Nosotros, participantes en la asamblea de la EdC de Sao Paulo, aunque fuéramos los únicos, nos comprometemos solemnemente a hacerlo, estableciendo un pacto entre nosotros, con la seguridad de que muchos otros se sumarán y estarán a nuestro lado, porque estamos convencidos de que la comunión es la vocación profunda de toda persona, empresa y comunidad.

"***Que todos sean uno***".
Sao Paulo, 29 de mayo de 2011